

## **KARL MARX, fragmento inédito de la serie de artículos “La España Revolucionaria”**

[Tomo este texto, con algunos cortes, de la interesantísima página ESPAÑA ROJA cuyo autor es Lorenzo Peña y Gonzalo <http://eroj.org/biblio/espanya/espanya.htm>]

Por otro lado, para leer en inglés los artículos que publicaba Karl Marx sobre la revolución en España se puede consultar la hemeroteca del “New-York daily tribune” en <http://chroniclingamerica.loc.gov/lccn/sn83030213/>

“[...] El número de frailes, que en 1822 llegaba a 16.310, se elevó en 1830 hasta 61.727, lo que supone un aumento de 45.417 en 8 años.

Según la *Gaceta de Madrid*, en un solo mes -del 24 de agosto al 24 de septiembre de 1824- fueron fusiladas, ahorcadas o descuartizadas 1.200 personas, con la particularidad que para entonces aún no había sido dictado el bárbaro decreto contra los comuneros francmasones, etc. Fue clausurada para muchos años la Universidad de Sevilla, y en su lugar abrieron una escuela estatal de toreo.

Conversando con su ministro de Guerra, Federico el Grande le preguntó cuál era a su juicio el país europeo más difícil de arruinar. Al ver que el ministro se encontraba algo turbado, respondió por él: “Ese país es España, puesto que el Gobierno español hace ya muchos años que procura arruinarlo, pero en vano”.

Diríase que Federico el Grande preveía el reinado de Fernando VII.

Se explica fácilmente la derrota de la revolución de 1820-1823. Se trataba de una revolución burguesa, mejor dicho, de una revolución urbana, en la que la población rural -ignorante, rutinaria y fiel al fastuoso ceremonial de los oficios divinos- se mantuvo como observador pasivo de la lucha entre los partidos, sin comprender apenas su significado.

En unas pocas provincias, en las que a título de excepción la población rural tomó parte activa en la pugna, en la mayoría de los casos se puso de lado de la contrarrevolución, hecho completamente comprensible en este “almacén de antiquísimas costumbres, en este depósito de todo lo que en otros sitios hace ya mucho que ha sido exonerado y olvidado” en este país en el que en tiempos de la guerra de la independencia había campesinos que calzaban espuelas tomadas en la Alhambra y estaban armados con alabardas y lanzas de vieja y fina factura, empleadas en las guerra del siglo XV.

Además, era peculiaridad característica de España el que cada campesino que tenía un escudo cincelado en piedra sobre la puerta de su mísera cabaña se considerara hidalgo y que, en consecuencia, la población rural, aunque expoliada y empobrecida, no solía experimentar el sentimiento de honda humillación que exasperaba a los campesinos de otros países de la Europa feudal. El hecho de que el partido revolucionario no supiera vincular los intereses del campesinado con el movimiento de las ciudades fue reconocido por dos personalidades que desempeñaron un papel muy destacado en la revolución: los generales Morillo y San Miguel. Morillo, del que en modo alguno se puede sospechar que simpatizara con la revolución, escribió desde Galicia al duque de Angulema:

Si las Cortes hubieran proclamado la ley de los derechos señoriales, desposeyendo de este modo a los grandes de sus posesiones rústicas en favor de los plebeyos. Su

Alteza se habría enfrentado con un amenazador ejército, integrado por numerosas personas de sentimientos patrióticos, que se habrían organizado espontáneamente, como sucedió en Francia en circunstancias análogas.

Por otro lado, San Miguel (véase su *Guerra civil en España*, Madrid, 1836) decía:

El mayor error de los liberales consistió en que no tuvieron en cuenta la indiferencia, e incluso hostilidad, de la aplastante mayoría del pueblo respecto a las nuevas leyes. Los numerosos decretos dictados por las Cortes para mejorar la situación material del pueblo no podían proporcionar frutos tan pronto como lo exigían las circunstancias. Ni la reducción a la mitad de los diezmos ni la venta de las fincas de los monasterios permitieron mejorar la situación material de las capas inferiores de la población rural. Por el contrario, la última medida, al transferir la tierra de manos de los indulgentes frailes a manos de los previsores capitalistas, empeoró la situación de los antiguos arrendatarios, debido a la elevación de la renta, con lo que los prejuicios religiosos de esta numerosa clase ultrajados ya por la enajenación del patrimonio de la Iglesia, adquirieron más vuelo al influjo de los intereses materiales lesionados.

Alejados de este modo los habitantes de las ciudades revolucionarios de la masa fundamental del pueblo, involuntariamente pasaron a depender del ejército y de sus jefes en la lucha contra los grandes, el clero rural, el monacato y el rey, representante de los elementos caducos de la sociedad. Ya de por sí, la situación usurpada de este modo por el ejército en el campo revolucionario, conjuntamente con el apartamiento de este ejército respecto al pueblo, lo convirtió en un instrumento peligroso para aquellos que lo empleaban, pero inofensivo para el enemigo al que debía haber atacado.

Y, por último, las capas superiores de la burguesía, los llamados moderados, en seguida perdieron su fervor a la revolución, y después la traicionaron, abrigando la esperanza de que podrían llegar al poder merced a la intervención francesa, y, de este modo, sin hacer esfuerzos para instaurar la nueva sociedad, recoger sus frutos sin permitir a los plebeyos el acceso a ellos.

Los resultados positivos de la revolución de 1820-1823 no se circunscriben solo al gran proceso de efervescencia que permitió se ampliara el horizonte de miras de capas considerables del pueblo y les proporcionó nuevos rasgos característicos. Fue también producto de la revolución la propia segunda restauración en la que los elementos caducos de la sociedad adoptaron formas que eran ya intolerables e incompatibles con la existencia de España como nación. Su causa fundamental era hacer llegar los antagonismos a un grado tal de exasperación en el que ya no eran posibles los compromisos y se hacía inevitable una guerra sin cuartel. Según el propio Lord Liverpool, jamás ha habido cambio político alguno de importancia con menos encarnizamiento y efusión de sangre que la revolución española de 1820-1823. Por eso, cuando vemos que la guerra civil de 1833-1843 exterminó a sangre y fuego a los elementos caducos de la sociedad española y se empañó con actos de canibalismo, de la ferocidad de esta época, no debemos imputarlo a tales o cuales peculiaridades de la nación española, sino a la fuerza de las circunstancias que provocó el dominio del terror en Francia. Mientras que los franceses centralizaban, y con

ello reducían el plazo del dominio del terror, los españoles, fieles a sus tradiciones, descentralizaban, y por ello prolongaban. Debido a las tradiciones españolas, es poco probable que el partido revolucionario hubiera triunfado caso de derrocar a la monarquía. La propia revolución en España debía aparecer, para vencer, en calidad de pretendiente al trono. La lucha entre los dos regímenes sociales debía tomar la forma de pugna de intereses dinásticos antagónicos. La España del siglo XIX hizo su revolución frívolamente, cuando podía haberle dado la forma de las guerras civiles del siglo XIV. Fue precisamente Fernando VII quien proporcionó a la revolución una bandera monárquica, el nombre de Isabel, mientras que legaba a la contrarrevolución a su hermano Don Carlos, el Don Quijote de la Santa Inquisición. Fernando VII se mantuvo fiel a sí mismo hasta el final. Si durante toda su vida pudo engañar a los liberales con falsas promesas, podía renunciar a la satisfacción de engañar a los serviles a la hora de la muerte? ¡Por la parte religiosa siempre fue escéptico! De ningún modo podía creer que alguien -ni siquiera el Espíritu Santo- pudiera ser tan estúpido que dijera la verdad.” (Karl Marx, 21 de noviembre de 1854).